

También Tiene Culpa la Prensa Extranjera

Realidad Mexicana Color de Rosa

- ★ Antes se Condonó lo que hoy Asombra en el Exterior
- ★ Esa Visión, un Obstáculo Para la Democratización
- ★ Pobreza, Inconformidad y Corrupción Estaban Allí

LORENZO MEYER

A los ojos ajenos, esos que nos miran desde más allá de nuestras fronteras, México inició el 1° de enero de 1994 como el flamante sur de la poderosa América del Norte, pero lo concluyó como el norte de la convulsionada Centroamérica. En realidad, se engañaron quienes supusieron lo primero, y ojalá podamos desmentir a los segundos.

Por la forma en que una buena parte de la prensa extranjera está cubriendo el conflicto en Chiapas, resulta que la defensa a sangre y fuego que por diez días llevó a cabo el gobierno salinista frente al reto que le lanzó el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), no era precisamente la defensa de un estado de derecho, como pretendía el gobierno, sino más bien la defensa de un estado de cosas. Pero un estado de cosas muy poco defendible en términos prácticos o éticos, y que para nada correspondía al

SIGUE EN LA PAGINA VEINTE

eslogan salinista de "política moderna".

La visión crítica sobre la realidad del "México profundo" que aparece hoy con frecuencia en las páginas de los diarios, en las pantallas de televisión y en los noticiarios radiofónicos de Estados Unidos, Europa y América Latina, es un fenómeno nuevo. Y sin proponérselo, esa novedad está poniendo de manifiesto un error de los propios medios internacionales de información: que por cinco años éstos le brindaron un apoyo casi incondicional al neoliberalismo mexicano y que, por tanto, en alguna medida son corresponsables de haber ocultado a la opinión pública los males de que ahora informan desde Chiapas, y que tanto parecen sorprenderles: la pobreza degradante de poblaciones enteras, la inconformidad social, la violencia institucional, la prepotencia del poder, las violaciones a los derechos humanos, la corrupción de la justicia y la poca representatividad de las estructuras políticas vigentes.

En relación con los asuntos mexicanos, y por más de un lustro, los grandes diarios y cadenas de televisión y radio del mundo informaron a su auditorio de manera muy limitada y, sobre todo, unilateral. Esa visión muy positiva, pero parcial, de lo que estaba sucediendo en México resultó un obstáculo a la democratización del país, pero muy funcional tanto para el gobierno mexicano como para los intereses externos que se beneficiaban o esperaban beneficiarse de la apertura y liberalización de la economía mexicana. Desde hace nueve años, pero especialmente a partir de fines de 1988, y salvo excepciones, los medios creadores de la imagen internacional de los países periféricos decidieron hacer suya y de manera acrítica la visión que de sí mismo ofrecía el gobierno encabezado por Carlos Salinas.

La visión dominante del salinismo a nivel internacional —lo mismo la que aparecía en las páginas de *The New York Times*, de *The Wall Street Journal*, que en las de *El País* de España o *The Financial Times* de Londres— hacía hincapié en hechos como éstos: lo joven y extraordinariamente bien preparado del equipo gobernante mexicano, su férrea voluntad de modernizar el país, su capacidad para sacar en poco tiempo a México de la crisis en que lo habían sumido doce años de populismo irresponsable, etcétera. La imagen difundida *Urbi et orbi* de México también insistía en el apoyo masivo con que contaba ese dinámico equipo gubernamental y su política, sobre todo después de las elecciones federales de 1991. Desde luego que el otro lado de la moneda estaba ahí para todo aquel que deseara verlo, pero el ojo de la prensa extranjera decidió no fijarse mucho en él, y no por falta de datos sino por haber decidido seleccionar el lente color de rosa para enfocar la realidad mexicana.

El uso del lente rosa para escudriñar al México que se preparaba para ser socio del Primer Mundo ayudó enormemente al proyecto económico encabezado por Carlos Salinas. El lado oscuro de la realidad mexicana que los medios de difusión decidieron dejar en el trasfondo era el que ponía en duda el optimismo en relación con el nuevo "milagro mexicano". La evidencia estaba ahí para cualquiera que tuviera voluntad de verla: un partido de Estado con 65 años ininterrumpidos en el poder, frecuentes fraudes o "concertaciones" en los casos de elecciones competitivas, presidencialismo sin contrapesos, la mitad de las gubernaturas con ejecutivos interinos, corrupción en todos los niveles de la administración pública, por lo menos 40% de la población viviendo entre la pobreza y la pobreza ex-

trema, mientras que trece familias —las favoritas del régimen— acumulaban entre mil y 5 mil 100 millones de dólares (única manera de competir con los grandes, se dijo, como disculpa), una concentración creciente de la riqueza que dejaba en manos del 20% más afortunado de los mexicanos 54.18% del ingreso familiar disponible. Si los medios informativos externos ignoraron o dieron poca importancia a este lado desagradable del sistema de poder mexicano, fue por decisión propia.

Ejemplos de lo anterior abundan. Uno de los últimos y más reveladores se encuentra en la edición especial de fin de año de *Newsweek* que se distribuyó en América Latina (3 de enero de 1994). En ese número, el influyente semanario norteamericano buscó dar a sus lectores "la forma de las cosas por venir". En su sección de "Periscopio", donde los editores pretenden reflejar con frases cortas la sabiduría convencional sobre temas muy complejos, la revista propuso: "México. ¿Cuál pobreza? Del debate sobre el Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte (ese país) emerge como un estado más del cinturón del sol (de Estados Unidos)".

Justamente cuando la revista mencionada estaba en los escritorios de las élites internacionales, en el sur indígena y rural de México el EZLN, una organización que integra a campesinos indígenas con militantes urbanos, le declaraba la guerra al gobierno presidido por Carlos Salinas (¡Ya basta!) como su último recurso frente a problemas históricos de injusticia, discriminación y pobreza extrema. De un solo tajo, el EZLN separó a México del "cinturón del sol" norteamericano.

Si se toma la "Declaración de la Selva Lacandona" que hizo el EZLN el 1º de enero como el resumen de agravios y objetivos, resulta que en sí misma es muy compatible con los valores que la prensa internacional y los gobiernos de las grandes potencias económicas dicen alentar y defender en sus países y en el Tercer Mundo. Como se recordará, la declaración resume así las razones del levantamiento campesino: "trabajo, techo, alimentación, salud, educación, independencia,

libertad, democracia, justicia y paz". Lo peor es que todo el cúmulo de información que sale de los Altos de Chiapas y de la selva Lacandona hacia el resto del mundo muestra que las demandas del EZLN tienen fundamento. También ponen en claro que al estallar el levantamiento, en el corazón del aparato de control político creado por el salinismo modernizador, se encontraba un personaje identificado no con la modernidad tan cantada sino con las raíces premodernas de los agravios chiapanecos: Patrocinio González, ex gobernador de Chiapas y en ese momento secretario de Gobernación y pieza clave del esquema de sucesión presidencial y prolongación del PRI en el poder.

La difusión sistemática fuera de México y hasta antes de enero de 1994, de una imagen extraordinariamente positiva del gobierno de Carlos Salinas y de su proyecto económico, contribuyó, sin duda, a generar la gran corriente de inversión extranjera hacia la bolsa mexicana de valores (30 mil millones de dólares) y, aunque en menor medida, hacia proyectos productivos a largo plazo. Ese capital, a su vez, permitió financiar un déficit serio y sistemático en la balanza comercial —20 mil millones de dólares en promedio en los últimos

años— sin modificar mucho el tipo de cambio, condición indispensable para bajar la inflación de 150% anual a 8%, y adecuar así el entorno para el momento cumbre del proyecto salinista: la entrada de México al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos. Ahora bien, esa misma imagen internacional de México, tan unilateral, hizo que la élite política mexicana se confiara en extremo, no hiciera caso de la información inquietante que provenía de Chiapas, y no mostrara ninguna urgencia —ni sintiera presión alguna de sus socios externos— para poner en marcha la auténtica transición del viejo autoritarismo mexicano a la moderna democracia. A final de cuentas, fue esa ausencia de mecanismos democráticos de transmisión efectiva de demandas, y la falta de crítica de los círculos de influencia nacionales e internacionales, lo que impidió que la Presidencia mexicana detectara

a tiempo el problema chiapaneco. El gobierno cayó en su propio engaño: si los chiapanecos votaban sistemáticamente en más de 90% por el PRI ¿cómo iban a levantarse en armas?

A estas alturas, resulta claro que si la opinión internacional hubiera sido menos benigna con el autoritarismo neoliberal mexi-

cano y más congruente con sus propios valores y estándares de justicia, democracia y equidad, quizá hubiera podido desempeñar un papel más relevante y positivo en el mantenimiento de eso que en el caso de México le interesa sobre todas las demás consideraciones al mundo exterior: la estabilidad polí-

tica. Desafortunadamente no fue ese el caso.

Si en el último lustro los factores intencionales de poder —la prensa, los gobiernos, las empresas y los centros financieros transnacionales— no se hubieran mostrado tan complacientes y benignos con el atraso político y la corrupción mexicanos —conside-

raron que el presidencialismo sin contrapesos era la fórmula adecuada para lograr apertura del mercado y estabilidad—, el salinismo hubiera tenido una razón de mucho peso para ser efectivamente realista y reformar a tiempo un sistema que, evidentemente, es anacrónico, injusto y, sobre todo, ineficaz.